CALANDRAJAS

Papeles de Arte, Pensamiento y demás cosas

NUM. 9 TOLEDO MARZO, 1986

Edita: Tertulia Calandrajas - Apartado 247

Esta mañana, a las diez, he paseado por las afueras, al pie de las murallas. Hacía una mañana radiante. El sol iba disipando poco a poco la bruma. A la izquierda, sobre una colina, entre el verde oscuro de los olivos, brillan las blancas paredes de las labores. Una línea blancuzca rompe el gris de la montaña y desciende hasta el pie, serpenteando. La tierra baja comienza: un diminuto cementerio, de un solo patio, limpio de cipreses y yerbajos, destaca en primer término. Reverbera el sol en su amplia galería calada de nichos; penden ante los nichos, puestas a secar, variadas y blancas ropas. Cuadros de verde sembradura, extensos términos de negruzcos barbechos, alamedas de desnudos olmos, se extienden a lo lejos, en la hondonada. Y más lejos, desmantelada, yerma casi, la tierra toma tintes grises, claros verdes, verdes sucios, azulados, rojizos, negros. La llanura se pierde, adusta, desolada, en el horizonte, entre la bruma. A la derecha, al fin de una alameda, amarillenta loma, otro cementerio, y una línea de cipreses que desfila, resaltando sobre el cielo, y llega a la mole del hospital de Afuera.

Brilla el sol; se oye el ronco rumor del Tajo y el persistente campaneo de las iglesias.

Azorín

(*Azorín*, Diario de un enfermo; *Madrid, 1901*)